prendada a Trapisonda, como lo dicen, dos prendas que afiançaron mi obligación, que la una es Jelandria, tan celebrada de vuestra magestad por hija de los condes de Saltaria, y la otra mi hijo perdido por mi desgracia, sin noticia del autor de esta crueldad. Tenga, señor y padre amado, mejor lugar que la pasión, la prudencia en ese inperial pecho, mandándonos el perdón y gracia que esperamos en el reino de Lusitania de la piedad y balor que en él bibe.

~Florismundi

~Esclaridana. (ff. 66r-v).

17. **EL CABALLERO DE LA LUNA** (libros III y IV)

(finales del siglo XVI)

por
José Manuel Lucía Megías

TESTIMONIOS

[1] Biblioteca Nacional (Madrid): ms. 8.370 (*olim.* V-150) [→]
[2] Biblioteca Nacional (Madrid): ms. 10.247 [→]

TEXTOS

1. Comienzo del texto: lamentos amorosos de los caballeros

A la media jornada de las tinieblas, a tiempo que la tiforme diosa dexando el lecho del infernal dios se levantaba, el de la Fe lleno de mortal congoja, no pudiendo tener reposo de su cama, se lebanta y puniéndose encima sus ricas y resplandecientes armas, ecepto el yelmo, al borde del nabro, se sale estando a la saçón todos los de la armada dormidos y reposando con la seguridad de las treguas, y el mar tan sosegado que no avía cosa que impedir pudiese a no ser oídas del valiente Furiandro, que a la ventana del nabío por goçar del fresco estava, las lastimosas quejas y dolorosos sospiros y congosos solloços que el de la Fe dava diciendo:

-¡O, poderosos dioses! ¿Por qué no quitáis la vida a éste sin ventura cavallero, que por mayor merced y misericordia lo tendré que no bivir muriendo tan si esperança de remedio? ¡O, piadoso amor! ¿De qué te sirve herirme, pues no as de triumfar del goço de mi alma tan deseado, pues el dibino valor de mi señora imposibilita el fin de tus efetos? No heciste obra de dios misericordioso sino de tigre cruel en mostrar todo tu poder contra mí. ¡Ay, Fortuna! ¡Amúestrate fuerte con matarme o dame uno de tus mobibles favores aunque no sea para más de la posesión de aver sido un rato venturoso. ¿A cuántos, movible diosa de los abismos, de probeça y linaje en lo más alto de tu rueda abastados de fortunosos bienes los pusiste? No te pido grandeça de estados, ni de señoríos, ni riqueças; sólo te suplico me des algún merecimiento haciéndome tanto bien que ten-

BIBLIOGRAFÍA: Eisenberg-Marín: nº 1548. **ESTUDIO**: Lucía Megías (1996).

ga yo por padre quien la princesa Rosilasa me dice; no por que, Cavallero de la Luna, por eso merezcas tan soberano bien como goçar tu señora, sino porque no es raçón que la gloria de tales pensamientos en bajo pecho se aposente.

Decía esto con tantas lágrimas que no pudiendo el valiente Furiandro çufrillo, avía llamado al emperador Sitandelfo, y subiendo ambos a do el de la Luna estaba, el emperador le dixo:

-¿Qu'es esto, mi señor y caro amigo? Valor tiene la vuestra merced para goçar aun de las divinales diosas.

El de la Luna con la congoja se avía desmayado que, como el emperador lo sintiese, se abraçó con él y Furiandro lo mismo, llenos de lágrimas de ver así a su tan querido amigo. [...]

La emperatriz les suplicó que escuchasen a ver en qué pararía aquella aventura. Ellas lo hicieron y oyeron cómo el de la Fe respondía:

-Magnánimo señor, es tan diferente mi pasión de la vuestra como aquella que es sin galardón, y la esperança de humo y muerta; con una sola cosa morirá mi alma contenta, qu'es la gloria de aver empleado mis pensamientos tan bien y tomara mi cuerpo descanso, pues su pasión es por la que par no tiene.

Furiandro le respondió:

-Conocida cosa es qu'el mejor de los cavalleros á de goçar del privilegio de ser de la mexor dama del mundo. Pues vuestra lealtad lo mereze, como l'aventura de Liseida que acabastes claro mostró, suplico a la vuestra merced taña y cante aquella canción desesperada que suele ella cantar.

Respondió el de la Fe:

-Porque es la que me conbiene y la verdad de mi pasión y vida.

Y tomando el laúd començó a tañer con tanta suavidad que a las tempestuosas ondas del mar y al aire suspendía, y más cuando alçando la voz cantó esta canción tiniendo los ánimos de aquellas señoras tan admirados y suspensos que, como arrebatadas, en la celestial gloria con la suabidad dulce de tal música estaban:

Canción

En passiones me cosumo
sin esperar galardón,
pues es fuego mi passión
y la esperança de humo

Glosa

Á hecho el amor en mí
con su condición tan fiera
lo que la bela de cera,
que ella propia cría en sí
la luz qu'es causa que muera.
Yo sigo esta proporción,
mas es en grado más sumo,
porque de estar mi pasión
tan dentro del coraçón
en pasiones me consumo.

Y pudiera lo llevar
como fuera mi acidente,
así como el del doliente
que esperança de sanar
lo templa el dolor que siente.
Mas en mí no puede ser,
pues que hice profesión
en las manos del querer
de morir y padecer
sin esperar galardón.

Mas si amor con su poder
qu'es causa que tanto pene
me pudiera dar el ser
que la salamandria tiene,
que su bivir es arder;
fuera bien aventurado
más que todos cuantos son,
porque me uviera asentado
en mi centro y propio grado,
pues es fuego mi passión.

Mas usa de tal primor
amor con ardid y maña

con éste su servidor
que piensa darme fabor
con lo que me mata y daña.
No tomo resolución
y si en algo me resumo
es en esta obstinación:
que ser firme mi afición
y la esperança de humo.

Y dando un sospiro, que parecía avérsele arrancado el alma, soltó el laúd. ([ms. 1]: ff. 1r-3r).

2. La extraña aventura de la Expirencia de Bondad, de Amor y Lealtad de Damas y Cavalleros: la ordalía caballeresca

Estando todos en gran solaz, entraron gentes dando bozes, diziendo saliesen a ber la mayor maravilla que jamás se havía visto, a las cuales todos aquellos señores y señoras se pusieron a las ventanas y bieron que, encima de la gran plaza más de cien picas en el alto, estava un cuadro muy grande, cercado de fuego; y vieron cómo d'él salía gran cantidad de humo, de suerte que no se bía nada; y se iba baxando hasta en medio de la plaza, siendo tan espeso el humo que no se bía nada. Estando así, al cavo de más de una hora, el humo se acavó y quedó armado en medio de la plaza un cuadro de fino y resplandeciente cristal, tan alto como una lança y tan ancho como veinte pies, tan claro que se [podía] ver lo que dentro estava, que en un cadahalso, tan alto como el cuadro que por diez escalones subían a é, estava en lo alto un cavallero con corona de rey y una reina; en sus brazos llenos de sangre de una herida que en la caveza tenía, y de la otra que la reina que en los pechos asimismo tenía. De un palo de hierro que de los pies de los reyes salía estava colgada por los cavellos una donzella assaz hermossa, con corona de reina, toda llena de culebras que mordiéndola de la carne y de los pezones le hacían dar terribles gritos, y hera cosa de ber, que así como la sangre de los heridos la caía encima que, por tal manera estavan puestos que toda la sangre que se derramaba daba encima de la reina, luego se convertía en culebras. Luego el Caballero de la Luna y Furiandro y la Salvaje la conocieron. Estava todo el cuadro cercado de fuego, tenía una puerta avierta y junto a ella, un padrón con unas letras que decía:

Padrón

La desdichada Liseida y Reicelindo suplican se duelan d'ellos los que verdaderamente aman en provar esta abentura, pues el que la acavase será en esfuerzo y lealtad y amor el más aventajado y abentajada de los nacidos; y sepan que an de provar cavallero y doncella; cuyo nombre es Experiencia de Bondad y de Amor y Lealtad de Damas y Cavalleros dará la zima el que a el rey recordare y guardase; no la pruebe el que no amare lealmente, pues á de quedar por guarda hasta el fin de la abentura y servirá de hazer mal.

Gran contento dio a todos. Los sabidores la declararon, aunqu'el de la Luna y Furiandro y la Mujer Salvaxe ya lo savían. Como todos fuesen cavalleros mozos y supiesen ya lo que avían de hazer luego quiçieron provalla. Y el primero que provó fue el baliente Soldán de Babilonia que puniéndose sus armas, mandando traer los demás las suyas, aunque mientras provaron algunos como fueron don Clarandín de Etolia que, como llegó al cuadro y quiso entrar por la puerta, luego fuera de su acuerdo con su escudo enbraçado se puso a la puerta, don Boraldo salió y entrando junto a don Clarandín se le puso delante dándole grandes golpes; don Boraldo se apartó a tiempo que una boz le dixo:

-Si el que te defiende la entrada no bences, no podrás probar el aventura.

Don Boraldo puso mano a su espada y començó a golpear a don Clarandín, de suerte que en media ora le derrocó a sus pies, y entrando por la puerta llegó a un escalón. Mas luego fue echado fuera y puesto junto junto [*sic*] a don Clarandín, entr'ambos sanos con las espadas en las manos.

Luego salió Terturiano de Canderia, mas a pocos golpes fue vencido [...]. Luego salió Danisco el Grande y, aunque se mostró valiente y duro en la batalla una ora, de dos golpes que don Boraldo le dio al suelo; luego fue llevado a palacio. Don Leonís de la Fuente, que muy enamorado andava, vino muy ricamente armado, mas dentro de media ora fue bencido; lo mismo le acaesció al Rey de Bulgaria, y a Paemitrando, aunque duró tres oras; el conde de Sorbia duró otro tanto; don Leon Flos duró cuatro oras; don Rosarán otras cuatro; don Cistel de Roco a Clarandín duró seis horas, lo mismo don Soladiel, de suerte que el baliente Boraldo y don Clarandín defendieron la entrada dos días benciendo los más de los príncipes griegos hasta el tercero qu'el baliente Soldán de Babilonia a cavo de ocho horas los derrocó y pasó adelante y subió tres escalones, mas luego fue hechado y puesto con los dos príncipes.

El emperador Alpatricio, acordándose de cuán verdaderamente amava a la princessa, con unas armas de gran balor, sin ser conocido bino a la prueba, abiéndose tan poderosamente que a cavo de seis horas, andando muy desangrado, dando un golpe a don Clarandín que lo hizo dar de manos en el suelo, a pesar de los dos cavalleros, Soldán y Boraldo, sin ser parte para detenelle, pasó y entró por la puerta, mas acaeció una cosa maravillosa, que no salió más, antes molido y cansado cayó ante los escalones sin sentido.

Feliciano, muy contento de ber que no se avía acavado el aventura, fue a provalla armado de sus armas y úbose tan poderosamente con los tres cavalleros que a cavo de cuatro horas los paró tales que, mal que los pessó, los dos binieron al suelo, y a pessar del otro, entró en el cuadro, mas no fue bisto más.

Don Roditangel quisiera provar la abentura, mas estava tan herido que no se la dexaron provar. El baliente don Balterín salió tan gaceando que gran contento dio de sí a todos y pasó ante paso; se fue a do los tres cavalleros guardavan y húbose tan poderosamente con ellos que en cinco horas los benció y entrando por la puerta subió hasta la cuarta grada, mas luego fue hechado y puesto con los tres para guardar.

El emperador Pandión dixo:

-Mal negocio es éste, dura es la entrada. Mas, ¿qué será del Príncipe de España y del otro cavallero que no han salido?

-Esos, señor, -dixo Balisandro,- no supieron hazer su negocio, porque sin bencimiento de las guardas no se les concede la prueba.

No cansemos más, sino que los cuatro fueron Experiencia de Bondad, porque ninguno se les defendió cuatro horas, y hera hermosa cosa de ber que de que se defendía mucho el cavallero que provaba, se abrazavan con él y le desarmavan; más bencieron de docientos cavalleros paganos de gran hecho de armas.

Estando todos suspensos, salió un cavallero harmado de unas armas turquíes con una bandas encarnadas, y el escudo encarnado con una letra que decía:

Si merecerlo, cruel,
pues nadie en amor me iguala.

Gran contento dio su hermosa apostura y, llegándose a los cavalleros, los aguardó y ellos se bienen para él y comiençan con ellos el más estremado torneo que visto se hubiese, y acordándose de quién hera, tal golpe a don Clarandín da en una espinilla que sin sentido ninguno dio con él en el suelo y abrazándose con el baliente Boraldo le sacó más de veinte pasos del sitio, y dando una buelta con él le hechó en el suelo. A este tiempo havía llevado muchos golpes y malos y bolviendo sobre ellos los golpes de suerte que hera maravilla bellos; y estando todos suspensos, biendo las altas cavallerías qu'el de lo Torqui hazía, a cavo de tres horas dio tres golpes, uno tras otro al Soldán que echando sangre por la boca y narizes, le echó en el suelo, a tiempo que don Balterín le avía dado un tan desaforado golpe que le hizo dar de manos en el suelo, que enoxado el de lo Turqui comienza a golpealle de manera que lo traía fuera de sí, y acordándose de lo que con Boraldo le abía acontecido, abrazándose con él, aunque con arto trabajo, lo sacó fuera de todo el sitio hasta más de la mitad de la plaza, y allí le dexó sin sentido ninguno cabe el baliente Boraldo y, aunque les hizieron remedios, no bolvieron, estando sin herida ninguna. El cavallero entró por la puerta sonando a esta hora los gritos de Liscida mayores, y gran ruido. Él subió por los escalones arriba y llegó do el rey estava, y queriéndole llamar abrió los ojos el rey y le dixo alto, que se pudo oír:

-Gentil cavallero, ya por dos bezes abéis acavado esta aventura; ya sabéis que á de ser en compañía de doncella para acavalla del todo.

Los príncipes que cerca estavan lo oyeron. El sabidor Belisandro dixo que así hera.

-Y pésame que me hazéis compañía hasta que aya donzella que tenga tanto amor que se [a]treba a entrar por la puerta de mi encerramiento y despertaros.

Y diziendo esto, sonó un trueno que fue de suerte que todos perdieron el sentido, llenándose todo aquel espacio de humo. A cavo de rato el humo se deshizo y quedó claro como de antes, y el cavallero junto al rey dormido sin yelmo y tendido junto a la reina, y el cuadro cercado de fuego y una coluna junto al padrón con unas letras que dezían:

El Cavallero de la Luna, hijo del emperador Pandión y la emperatriz Alderina, estará conmigo preso hasta que aya donzella que en àmor pase a la cruelda de Liscida, iguale con la fe del Cavallero de la Luna.

Gran congoxa dio a todos ser el Príncipe de la Luna el Turqui y de su prisión, mas quien lo sintió de beras fue la princessa, que se fue a su aposento y, començando a llorar que ya por acostumbrado oficio lo tenía, se acostó y estubo dos días en la cama, en los cuales ninguna donzella hubo que la abentura provasse sino fue Floralva y Rosilaxa, que las demás no se atrevieron a entrar por el fuego; mas las princesas fueron echadas fuera, maltratadas. [...]

La princessa que en la cama estava supo cómo las princesas Rosilaxa y Floralva havían sido maltratadas, y también le dijeron cómo nadie provava la aventura. Estava tal y acordándose cómo el de la Luna estava encantado y preso y deciendo entre sí que

-¿Es posible, princesa Lunidea, que puedas çufrir ante tus palacios ver al que adoras y más que a ti amas de la suerte aquesta y no mueras por libertalle? ¡más peligros se puso él por ti!

Y llena de amor y de congoxa de ber así a su querido príncipe, se lebanta y pide los más ricos bestidos de su cámara, y acompañada de sus doncellas, a la plaza sale a tiempo que todos los empera-

dores estavan en los miradores; y como sus padres la biesen, a grandes bozes le llamaron. Ella que determinadamente iba a morir allí o librar al que tanto amava, por el fuego se mete y fue cosa marabillosa qu'el fuego se deshizo, sonando el más estremado y suabe son que jamás se bio. Y la princesa entró y subió por las gradas y llegando al Cavallero de la Luna, tirándole por el brazo, le recordó y, como abierto los ojos se biese, le dixo:

-¡Ea, príncipe y señor, tan caro me á de costar vuestro amor que no á de faltar día sin sobresalto!

El príncipe hincando los inojos en tierra, le quiso besar las manos diziendo:

-Si la razón que como será de mi alma y de mi corazón vuestra grandeza tiene de hazerme merced, hubiera merecimiento en mí para hello, ¡bienaventurado fuera yo!, mas al fin no me negará vuestra grandeza el conocimiento mío y mi fee y el deseo de servir.

La princesa le dixo alzándole las manos:

-¡Glorioso príncipe, no más baste ahora dad orden como bamos de aquí.

A esta hora, todos aquellos señores estavan a la puerta del cuadro. El príncipe le dixo:

-Vuestra grandeça hable a este buen rey y recuérdele.

Hella se llegó a él y le dixo:

-Buen señor, sed servido de hazernos alegres con conozeros.

Y tirando del brazo del rey, recordó y dexó el llanto; sonando a esta hora un grande y espantoso trueno, desapareció todo el edificio quedando la reina Liseida libre y el rey Celindo y la reina su muger muerta, puesta en un sepulcro, el cual a ojos de todos desapareció. ([ms. 2]: ff. 11v-15r)

18. CIRONGILIO DE TRACIA

de Bernardo de Vargas
(1545)

por
Javier Roberto González

TESTIMONIO

[1] Sevilla, Jacome Cromberger, 1545 (17 de diciembre) [→]

TEXTOS

1. Nacimiento de Cirongilio

Venido pues el tiempo del parto de la reina Cirongilia, muy grandes señales aparecieron, y tan temerosas y espantables que al traidor tirano de Garadel pusieron muy notable temor, y grande esfuerço y esperança a los que por él estavan oprimidos; porque al instante que el niño nasció, aparesció en el

Bibliografía: Eisenberg-Marín: nº 1553. **Edición**: Javier Roberto González (ed.), Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, en prensa. **Estudio**: Sarmati (1992). **Guía de lectura**: González (2000).